



**ALEJO G.
SISON**

**FILOSOFÍA DE LA ECONOMÍA
I. METODOLOGÍA DE LA CIENCIA ECONÓMICA**

C U A D E R N O S

EMPRESA Y HUMANISMO

I N S T I T U T O

46

INDICE

Introducción: ¿Qué es la “Filosofía de la Economía”?

**Primera Parte:
La Filosofía de la Economía como
Metodología de la Ciencia Económica**

- 1. La perspectiva angloamericana**
- 2. La Filosofía de la Ciencia Moderna**

**3. Metodología Económica e Historia
del Pensamiento Económico**

**4. La insuficiencia de la Metodología
Económica como Filosofía de la
Economía**

FUENTES Y REFERENCIAS

NOTA BIOGRAFICA

INTRODUCCION: ¿QUÉ ES LA “FILOSOFIA DE LA ECONOMIA”?

Llevamos ya casi un lustro después del derrumbamiento del muro de Berlín, símbolo histórico, para muchos, del ocaso definitivo de la ideología comunista, de la obsolescencia del análisis marxista de la realidad social y de la superación de las economías planificadas. Sin embargo, entre los firmes defensores del capitalismo liberal reina una sensación de impaciencia, de desilusión, si no de fracaso rotundo, porque durante todo este tiempo, tampoco se ha podido cumplir con las metas o los objetivos prometidos: la sociedad de bienestar no se ha alcanzado en su totalidad ni se ha logrado la justa distribución de las riquezas entre la población mundial. A pesar del progreso tecnológico generalizado y también a pesar de los refinamientos matemáticos, propiamente, la economía no ha conseguido predecir ni prevenir, explicar ni entender las causas, remediar ni amortiguar los efectos perniciosos de la recesión global que ahora padecemos. ¿Qué es lo que ha pasado?

Por una parte, la ética de la empresa, tan de moda en la década de los '80, parece haber hecho ya una declaración inequívoca de insuficiencia: una ética centrada en el individuo es

impotente para una mejora social, si no la acompaña una cultura empresarial favorable. Valiéndonos del principio de interdependencia que rige los sistemas sociales, diríamos que no sólo la ética y la economía, sino también la política, han de ser acordes para ser realmente eficaces en su cometido. De esta manera somera, esperamos haber justificado la perspectiva eminentemente filosófica que adoptará nuestra investigación.

¿Qué es la filosofía de la economía? Según la literatura angloamericana, es una rama de la epistemología o de la teoría del conocimiento. Esta postura es muy comprensible una vez que se haya efectuado -por la influencia del positivismo lógico- la reducción de toda la filosofía a una filosofía de la ciencia de la cual se ha eliminado cualquier rastro de una metafísica realista. Se plantea, básicamente, dos tipos de cuestiones: si la economía es o no una ciencia (¿cuál es su objeto? ¿cuál es su metodología? ¿qué validez tienen sus principios y leyes?); y qué tipo de ciencia es (¿una ciencia natural o una ciencia social? ¿cuál es el papel de la estadística? ¿y de la observación empírica?).

Se distinguen tres etapas en el desarrollo de la metodología económica, según la convención actualmente vigente entre los estu-

diosos. La primera comprende la obra de autores como J.S. Mill, W.N. Senior, J.E. Cairnes, J.N. Keynes, A. Marshall y L. Robbins. Se denomina “verificacionista” en atención al criterio establecido por el Círculo de Viena para decidir sobre la verdad de las hipótesis científicas. La segunda etapa se llama “falsacionista” debido a la influencia que tuvo K. Popper en los escritos de los teóricos de la economía como T. Hutchinson, F. Machlup, M. Friedman y P. Samuelson. La tercera y última etapa ha cogido impulso de las teorías de las revoluciones científicas post-popperianas, concretamente, aquellas elaboradas por T. Kuhn (“paradigmas”), I. Lakatos (“programas de investigaciones científicas”) y P.K. Feyerabend (“anarquía metodológica”).

Esta clasificación, por supuesto, está sujeta a muchas matizaciones y ha de tomarse con el proverbial *granum salis*: por ejemplo, J.S. Mill no sólo antecede por casi un siglo a las figuras más destacadas del Círculo de Viena -por lo que difícilmente le habría influido su criterio “verificacionista” de verdad científica- sino que también insiste, con toda claridad, en que la verificación *a posteriori* de una hipótesis pertenece a la aplicación de una ciencia, y no a la ciencia misma. Igualmente, se acusa la ausencia de voces críticas tanto de la Escuela

Clásica como de la Neo-Clásica y Marginalista como F. Knight y T. Veblen (Institucionalismo), los cuales, por sus premisas metodológicas básicas, quizás se acerquen más a planteamientos austro-germanos que a los anglo-americanos. Nuestro estudio prestará mayor atención a la unidad temática y a la afinidad de respuestas a las interrogantes epistemológicas que a la contemporaneidad histórica; sirviéndonos de ésta sólo en la medida en que facilite la comprensión de la génesis y el desarrollo de aquélla.

Por otra parte, en los libros publicados en lengua alemana se debate fundamentalmente la concepción de la economía como ciencia cultural e histórica, con una dimensión ético-política esencial. La puesta en escena de la controversia corrió a cargo de M. Weber con su ensayo sobre la *Wertfreiheit* en las ciencias sociales y en la política. Desde el comienzo, hubo una polarización de posturas entre Gustav von Schmoller (la Escuela Histórica Alemana) y Carl Menger (la Escuela Austríaca). Para Schmoller, la economía es ante todo una “economía política o nacional” (la *Volkswirtschaftslehre*), es decir, una ciencia histórica y culturalmente determinada. Por tanto, es comprensible sólo para aquellos que habitan el mismo *ethos* concreto, compartiendo los

mismos valores y manejando los mismos símbolos. Menger, aun reconociendo la diferencia entre la economía real-histórica y la teoría económica “pura”, insiste en que la ciencia económica debería preocuparse primordialmente de esta segunda vertiente, si es que aspira a ser realmente ciencia, o sea, un saber universal. Esencial para la universalidad de la ciencia económica es la progresiva racionalización y matematización de los procesos de producción, distribución, intercambio y consumo de bienes. L.von Mises (Praxeología) y F. von Hayek también fueron formados en la tradición austríaca, aunque más tarde introdujeron unos giros muy particulares al desarrollo metodológico de la ciencia económica.

Ha habido varias tentativas de ingeniar una síntesis superadora de la Escuela Histórica Alemana y la Escuela Austríaca: la de Walter Eucken, fundador de la Escuela de Friburgo, en los años '40, y más recientemente, la de Peter Koslowski, la Economía Ética (*Ethische Ökonomie*) desde Hannover. Seguramente incluso la Economía Social del Mercado, tan citada en los documentos pontificios, se ha originado en este suelo austro-alemán.

En lengua española, probablemente la única obra reseñable en este campo sea “Economía y Libertad” de Millán Puelles. A partir de una

noción básica de la economía como actividad humana, explica como la libertad se manifiesta en ella según un triple nivel: como *apertura* (el hombre como una ser de necesidades, la satisfacción de las cuales, sin embargo, no está garantizada de antemano), como *capacidad de elegir* (la falacia detrás de toda suerte de determinismos junto con la peculiar vigencia de las leyes económicas) y por último, como *autodeterminación* (el trabajo en cuanto proceso de humanización, los límites del *homo oeconomicus* y de su particular modelo de racionalidad; el bienestar como fin de la economía y “materia mixta” entre ésta y la ética).

Proponemos, en resumen, elaborar una filosofía de la economía que incorpore: una fundamentación antropológica, una consideración de sus implicaciones culturales, políticas e históricas y una clarificación del *status* epistemológico de la economía. De esa forma, esperamos contribuir eficazmente a la resolución de los problemas antes citados -la falta de orientación o rumbo en la economía, así como su habitual malentendimiento con la ética, restando eficacia de la acción de ambas, etc.-. Pensamos que sería un elemento imprescindible para completar la formación de los interesados en la filosofía, en las ciencias económicas y empresariales, en las ciencias polí-

ticas y sociales, así como para los profesionales de la empresa en general.

PRIMERA PARTE: LA FILOSOFÍA DE LA ECONOMÍA COMO METODOLOGÍA DE LA CIENCIA ECONÓMICA

1. LA PERSPECTIVA ANGLOAMERICANA

La respuesta angloamericana a la pregunta de qué es la “filosofía de la economía” se ha fraguado casi exclusivamente en términos de una “metodología de la ciencia económica”, en una investigación de cómo los economistas explican los diferentes fenómenos de los que su disciplina se apropia. Puesto que la “metodología” generalmente se asocia con la “filosofía de la ciencia”, cabe inferir que para los estudiosos ingleses y norteamericanos la filosofía de la economía consiste, fundamentalmente, en la filosofía de la ciencia aplicada al saber económico.

Hay por lo menos un par de implícitos en la postura respecto a la filosofía de la economía que se acaba de exponer. En primer lugar está la disolución tácita de toda la filosofía en la filosofía de la ciencia, y en segundo lugar, la

reducción de la filosofía de la ciencia a una pura metodología.

Tan amplia es la aceptación del primero que ya se considera como un hecho, y en cuanto tal, ni siquiera se cuestiona: la filosofía de la ciencia es la nueva “filosofía primera” (el papel que tradicionalmente desempeñaba la metafísica), capaz de dar razón cumplida no sólo de todas las demás ciencias humanas sino también de sí misma. En cierto sentido, no es más que una de las secuelas del llamado “giro copernicano” en la filosofía moderna, por medio del cual la certeza en el conocimiento empieza a cobrar mayor importancia que la misma realidad, o la verdad (ya no como “adecuación” sino como “correspondencia”) de nuestro conocimiento acerca de ella. Bajo el rótulo de una “filosofía de la ciencia” deberían incluirse la “epistemología”, la “gnoseología”, la “crítica”, la “teoría del conocimiento” y la “teoría de la ciencia”: son indagaciones sobre cómo conocemos lo que conocemos y la fiabilidad que merece nuestro conocimiento, en el supuesto necesario de que -claro está- tanto nosotros como el mundo exterior existimos, al menos en cuanto cognoscentes y lo cognoscible. (Por lo que se refiere a la existencia real, independiente del pensamiento, de las cosas se guarda un cauteloso sigilo o se mantiene

una indespejable duda o se queda en la suspensión de juicio, la *epoché*).

La reducción ulterior de la filosofía de la ciencia a la metodología obedece, igualmente, a una fuerte tendencia de vaciar la ciencia de todo contenido empírico, conservando sólo los elementos puramente formales: así, por ejemplo, el empeño popperiano de buscar una “lógica de la razón científica” al margen prácticamente del objeto sobre el cual las proposiciones científicas versan. Lo que más prima en el trabajo de un científico es el descubrimiento de un método, procedimiento o algoritmo infalible -y si fuera posible, también universal- para hacer progresar su disciplina, superando los errores y las inexactitudes al relegarlos al pasado.

El premio Nobel de economía y autor de la obra clásica *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science* (1935), Lionel Robbins, había comentado alguna vez acerca de los miembros de su gremio: “Todos hablamos de lo mismo, pero todavía no nos hemos puesto de acuerdo sobre qué estamos hablando.” Su afirmación hoy en día aún goza de máxima vigencia: *Tot capita quot sententiae*. Por un lado, tenemos a los microeconomistas que tratan de productores, consumidores y mercados individuales y teorizan en la

hipótesis de que el todo -las magnitudes económicas agregadas- no es más que la suma de sus partes. Por otro lado están los macroeconomistas que niegan el principio anteriormente enunciado y se dedican a estudiar estructuras económicas enteras. Y en medio, encontramos a los politólogos-economistas que investigan los diversos supersistemas económico-políticos, casi siempre bajo el signo de alguna ideología; los empresarios, que padecen una desconfianza endémica hacia los economistas por ser éstos unos teóricos o unos intervencionistas; los sociólogos e ingenieros sociales, cuyo propósito es el de transformar la sociedad preferentemente por medio de las instituciones económicas; los económetras y matemáticos que elaboran modelos cada vez más sofisticados no sólo interpretativos sino también -según ellos- configuradores de la realidad económica; y la última generación de los historiadores de la economía, los “cliómetras”, que se empeñan en hacer de la economía la ciencia social más avanzada sirviéndose conjuntamente de la estadística, la teoría económica y la sociología en sus reconstrucciones históricas...

Que la situación actual de la ciencia económica sea la de una auténtica torre de Babel, desde luego, no es nada deseable. Exige, más

bien, una cierta clarificación y ordenación de sus conceptos básicos -lo cual, es una función eminentemente filosófica-. Habría que fijar, en primer lugar, el valor semántico de las palabras que se emplean y los parámetros en los cuales ese valor se mantiene. En segundo lugar, habría que establecer la recta ordenación de estos elementos "atómicos"; o sea, determinar su uso apropiado: ¿con qué otros elementos se pueden unir o separar para formar proposiciones significativas? Además, no todas las proposiciones gramaticalmente correctas tienen el mismo valor de verdad ni el mismo grado de validez. Por un lado, están los axiomas que son los primeros principios indemostrables, necesarios para cualquier ciencia. Y por otro, están los postulados -las proposiciones ya demostradas- y las hipótesis -las proposiciones aún por demostrar-. Por último, también es menester indicar cuáles son las reglas de deducción aceptables, es decir, las normas que nos permiten pasar de una proposición a otra sin pérdida de verdad o de certeza. Estas son las primeras tareas que a la filosofía de la economía, tomada como filosofía de la ciencia aplicada a la economía o metodología de la ciencia económica, le vamos a encomendar.

Probablemente la figura más señera entre los filósofos de la economía angloamericanos

sea Mark Blaug. Su libro *The methodology of economics* (2nd edition,

1992) es un punto de referencia obligatorio para cualquiera que desea iniciarse en esta disciplina. En dicha obra afirma inequívocamente que en la metodología no se trata sólo de los "métodos de investigación", sino ante todo, de la relación de los conceptos y las proposiciones con el mundo real. Estudia las vías por las cuales los economistas justifican sus teorías, así como las razones que ofrecen, al decantarse por una teoría en lugar de otra. Una condición de posibilidad para semejantes asertos es que se reconozca la distinción entre el lenguaje, por una parte, y el mundo real, por otra.

Pertenecen al ámbito del "lenguaje" todos los elementos utilizados en el discurso económico tales como los conceptos, los axiomas, los postulados, los teoremas, las conclusiones particulares, las leyes universales, los modelos, los paradigmas, los programas de investigación, etc. Ciertamente, estos elementos del lenguaje científico no son homogéneos ni poseen la misma extensión ni el mismo grado de exactitud. Las reglas son meros procedimientos o normas de operación convencionales adoptadas por las personas para alcanzar determinados objetivos (e.g. las ecuaciones

que se utilizan para determinar el PIB o el interés compuesto de un préstamo). Una tendencia indica la marcha general -de aumento o de disminución- del valor de una propiedad de una cosa en el curso del tiempo. (Quizás muchas de las ahora llamadas “leyes” de la economía neo-clásica como la “ley de los rendimientos decrecientes”, la “ley de la demanda”, o la “ley de Engel” sobre la asignación de la renta a los consumos, en realidad, no sean más que meras tendencias.) Se conocen las tendencias de las magnitudes económicas mediante técnicas estadísticas aplicadas a la historia de un particular comportamiento económico. Las leyes son propiedades permanentes de cosas en unas condiciones bien definidas, y como tales, pueden considerarse como el “producto acabado” principal de las ciencias. Un modelo consiste en la representación idealizada o simplificada de unos objetos científicos y por eso, no puede generar propiamente leyes. Y finalmente, una teoría es un sistema de proposiciones unidas por una relación de deducibilidad y unos presupuestos o premisas comunes.

Por el “mundo real” se entiende la fuente de las evidencias empíricas, las referencias con las que se cotejan la verdad y la falsedad, la validez y la imposibilidad de los elementos del

discurso científico. Además de diferenciar estos dos ámbitos igualmente se presupone algún tipo de conexión entre ellos -o al menos, se procede *como si* la hubiera porque de otra forma, no sería en absoluto factible desarrollar la ciencia económica. Por último, también se requiere una especie de criterio según el cual se decide que una teoría es mejor o peor, más o menos acertada, más o menos ajustada a la realidad económica que otra.

¿Cómo debe ser la conexión que establece la ciencia económica entre el lenguaje y el mundo real? Daniel Hausman (*The Philosophy of Economics*, 1984) señala dos alternativas aceptables. La primera es la “realista” donde la ciencia alcanza o descubre verdades acerca del mundo, no sólo en el sentido de proposiciones analíticas, puramente formales y no contradictorias, sino también como explicaciones de los diversos fenómenos, en este caso, económicos. La segunda es la “instrumentalista”, en la que lo único que se exige de una ciencia es que proporcione herramientas para hacer predicciones útiles y fidedignas. No importa tanto que las teorías sean ni formal ni materialmente (que “correspondan” a la realidad) verdaderas como que sean prácticas; o sea, que funcionen. La astronomía ptolemaica, por ejemplo, seguiría siendo científicamente ver-

dadera -a pesar de su geocentrismo- según la actitud instrumentalista, debido a su utilidad para el propósito de la navegación marítima.

En ambas posturas podemos ver reflejadas las principales tendencias entre la gente que elabora la ciencia económica. Hay quienes se limitan a diseñar constructos teóricos, analíticos y formales, sin apenas tener en cuenta para nada los acontecimientos. Otros no se contentan simplemente con proponer teorías elegantes, sino que también procuran que esas teorías estén refrendadas por los acontecimientos pasados y que sirvan de pronóstico para los futuros. Sin embargo, si se les pregunta exactamente por la relación entre sus tesis y los hechos, no suelen dar razones muy convincentes. Justamente por esta dificultad intrínseca de explicar la conexión entre los postulados científicos y los hechos, muchos abandonan casi por completo cualquier interés por los anteriores refugiándose en una actitud pragmática.

Hausman en su exposición igualmente alude a otro tipo de cuestiones en las que se centraba la filosofía de la ciencia tradicional. Se replantea el modelo de ciencia al que efectivamente corresponde la ciencia económica y sus métodos apropiados: ¿qué parte o dimensión de la realidad humana constituye el objeto de

la ciencia económica?, ¿cómo se accede a ella?, ¿cuál es el estatuto de sus principios y leyes?, ¿cómo se contrasta la validez de estas normas?, ¿es la economía una ciencia natural o una ciencia social?, ¿acaso es un saber puramente formal, afín a la lógica y a las matemáticas?, etc...

Después de haber visto la aproximación angloamericana típica a la filosofía de la economía que la vincula sólidamente con la filosofía de la ciencia, nos conviene ahora hacer un breve repaso de la historia de esta segunda disciplina.

2. LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA MODERNA

¿Qué es la filosofía de la ciencia "moderna"? Dado que lo "moderno" en contraposición a lo "clásico" responde más a una actitud que a una época histórica, empezaremos por su caracterización conceptual. Según Blaug (1992), la filosofía de la ciencia moderna se distingue de la clásica por constar de un análisis puramente lógico de la estructura formal de las teorías científicas -de aquello que constituye el "buen quehacer científico"- sin preocuparse apenas para nada por el contenido material de las mismas. No se

propone examinar las cosmovisiones filosóficas implícitas en las diferentes teorías científicas principales, ni tampoco el reflexionar sobre los principios, métodos o resultados de las múltiples ciencias naturales y sociales. Simplemente busca las reglas de acuerdo con las cuales podría guiarse cualquier tarea científica para ser reconocida como válida. Históricamente, el calificativo “moderno” se aplica a las doctrinas de la filosofía de la ciencia a partir de aquella elaborada por el Círculo de Viena, el “verificacionismo”.

Una división casi canónica de las distintas etapas en la historiografía de la filosofía de la ciencia moderna es la siguiente. En primer lugar está el verificacionismo de los miembros del Círculo de Viena, seguido por el operacionalismo de P.W. Bridgman, después el falsacionismo de Karl Popper y finalmente, el período de las “revoluciones científicas”. Esta última época tiene como sus máximos representantes a Thomas Kuhn (la teoría de la alternancia de los períodos de “ciencia normal” y de “ciencia revolucionaria” acorde con los cambios de paradigma), Imre Lakatos (autor de la propuesta de una metodología basada en los “programas de investigación científica”) y Peter K. Feyerabend

(defensor del “anarquismo metodológico”). Para los propósitos de la metodología económica -versión peculiarmente angloamericana de la filosofía de la economía- lo más relevante consiste en estudiar sólo desde el verificacionismo hasta el falsacionismo. La razón por el corte *a parte ante* es que los “padres fundadores” de la ciencia económica moderna como Adam Smith, David Ricardo y Thomas Malthus no sintieron ninguna necesidad ni de tematizar ni de justificar sus presupuestos metodológicos; se dejaban llevar sin más por los principios derivados de la mecánica clásica o la física newtoniana dominantes en su tiempo, los cuales, les parecían evidentes. La investigación científica comenzaba con una observación supuestamente libre de cualquier prejuicio, seguía con una inferencia inductiva a la formulación de leyes universales acerca de los hechos hasta llegar, finalmente, por una inducción ulterior, a la elaboración de generalizaciones más amplias o teorías. Se comprobaba el valor de verdad de las leyes y teorías comparando sus consecuencias empíricas con los hechos observados, incluido aquellos en los que ellas mismas se basaban. El límite posterior se fija en el falsacionismo porque a partir de entonces, todo indica a que la filosofía de la ciencia se interese más por la historia, evolución, desarrollo o progreso de la

ciencia que por la ciencia misma, es decir, por su estructura formal y lógica.

a) El verificacionismo del Círculo de Viena

El Círculo de Viena comenzó a principios de los años 20 como un club de debate o un seminario en el que participaban jóvenes doctores de filosofía interesados en temas relacionados con la física, las matemáticas y las ciencias sociales. Su primer "director" -si se puede hablar así- era el profesor

Moritz Schlick; y entre los primeros textos que discutían era el *Tractatus Logico-philosophicus* de Ludwig Wittgenstein. Entre sus filas se encuentran insignes pensadores como Otto Neurath y Rudolf Carnap. Como predecesores intelectuales suyos, cuentan con David Hume (empirismo británico), Pierre Duhem (la metodología de las ciencias empíricas) y otros pensadores sociales como Jeremy Bentham, John Stuart Mill, Karl Marx, Carl Menger, etc. Gracias al trabajo llevado a cabo por el Círculo, se consolidó definitivamente la filosofía de la ciencia moderna, como explicitación sistemática del método y de las condiciones de validez de las asertos formulados por los científicos.

En 1929 Neurath, Hahn y Carnap publicaron el manifiesto "La concepción científica del

mundo" (*Wissenschaftliche Weltauffassung*) donde exponen las líneas fundamentales de su programa, el cual, más tarde llegó a llamarse "neopositivista" o "lógicopositivista". Ante todo, abogan por la constitución de una *Einheitswissenschaft*, una ciencia unificada, que abarque todos los conocimientos proporcionados por las ciencias bajo la orientación de la física, entonces la más avanzada de todas. Para ello, endorsan plenamente el uso del método de análisis lógico elaborado por los lógico-matemáticos como Peano, Frege, Whitehead y Russell. Esperan que, mediante la aplicación de este método a las ciencias empíricas se conseguiría, en primer término, la eliminación de la metafísica (una "pseudo-ciencia"), y en segundo término, la clarificación de los conceptos y teorías de las ciencias naturales a la vez que de los fundamentos de la matemática.

Sin duda, la clave para entender todo el planteamiento del Círculo de Viena está en el llamado "principio de verificación". Este es el criterio distintivo entre las proposiciones sensatas, dotadas de significado, "científicas" (según este patrón concreto de "ciencia") y aquellas que no lo son. Sólo tienen sentido las proposiciones que pueden verificarse fácticamente, o sea, las aserciones de las ciencias empíricas. Son verdaderas porque expresan un

estado determinado de cosas, porque aluden a un hecho que se puede mostrar. Se acude no tanto a una verificabilidad “de hecho” como a una verificabilidad “de principio”: basta con que una situación específica sea pensable para que se admita como “verificable” o “científicamente admisible”. Se reconoce, por tanto, que a veces, un fenómeno puede darse efectivamente, sin que uno disponga de los medios técnicos imprescindibles para constatarlo (v.gr. la afirmación “En la otra cara de la luna hay montañas de 3000 m de altura.”). Quedan excluidas del ámbito de la ciencia los asertos pertenecientes a la religión, a la metafísica y a la ética -los cuales se reúnen en el mundo nebuloso de la intimidad, en calidad de “pseudoproposiciones” que versan sobre “pseudoconceptos”-. Las proposiciones lógicomatemáticas, por su parte, se mantienen por su carácter tautológico; es decir, aunque no nos dicen nada nuevo acerca de la realidad, sin embargo, expresan importantes relaciones de identidad entre objetos.

La filosofía no es tanto una doctrina como una actividad esclarecedora del lenguaje. El paradigma de filósofo, por tanto, es aquel que se dedica a analizar la relación entre lenguaje y realidad (semántica), así como la relación

recíproca entre los signos de un lenguaje (sintaxis) en el discurso científico.

b) El operacionalismo de Percy W. Bridgman

Con la anexión nazi de Austria, muchos miembros del Círculo de Viena se vieron forzados a trasladarse a los Estados Unidos. Así es como entró en contacto con las doctrinas del positivismo lógico el físico norteamericano Percy W. Bridgman. A través de sus obras “La lógica de la física moderna” y “La naturaleza de la teoría física” expuso sus principios metodológicos sumamente influyentes para el desarrollo de la ciencia en general y de la económica en particular. En primer lugar, prescribe para el físico una actitud de “empirismo puro”; es decir, en cuanto científico, no debe admitir ningún principio *a priori* -ni siquiera el de la verificación- que limitara las posibilidades de nuevas experiencias. La experiencia sólo podría determinarse por la experiencia. En segundo lugar, reduce el significado de los conceptos científicos a una o más operaciones empíricas, a las cuales cabe asignar valores numéricos. O lo que es lo mismo, el significado de un término no es otra cosa sino la expresión numérico-operacional del mismo. De modo que la longitud, por ejemplo, no es más que la medida de los objetos en una sola dimensión,

y la inteligencia, lo indicado por las pruebas del coeficiente mental.

c) El falsacionismo de Karl R. Popper

Aunque se le suele asociar con el Círculo de Viena, Karl Popper -al igual que con Ludwig Wittgenstein- en realidad nunca perteneció a dicho movimiento filosófico. El propio Otto Neurath siempre le ha considerado como uno de los críticos acérrimos del Círculo. Frente al principio de verificación como criterio de significado de los conceptos y de las proposiciones, Popper propone el principio de falsación como línea divisoria entre las afirmaciones científicas y las no-científicas. A este novedoso modo de pensar se le denomina el "racionalismo crítico".

El origen del principio de falsación podría encontrarse en la refutación que hace de la inducción, la cual toma como una falacia lógica. En la fórmula lógica "Si A entonces B", aun sabiendo que "B", nunca es lícito inferir que "A". Ninguna cantidad de cisnes blancos empíricamente comprobados nos permitiría concluir que todos los cisnes son blancos. Tratando de la misma fórmula lógica, lo único que podemos concluir de "A" es que si " $\neg B$ ", entonces, " $\neg A$ ". O sea, basta la observación de un solo cisne negro para falsear con certeza el antecedente de que todos los cisnes son

blancos. Nunca podemos establecer que una hipótesis es verdadera simplemente porque los hechos están de acuerdo con ella, es decir, porque el consecuente es verdadero. Lo único que podemos hacer con seguridad es negar la hipótesis, falsearla. La ciencia avanza no por la verificación de nuevas verdades sino por la eliminación de teorías falsas.

Según el principio de falsación, una teoría o hipótesis es científica si y sólo si sus consecuencias -las predicciones económicas, por ejemplo- son falseables empíricamente. Los científicos, por tanto, deben formular hipótesis y predicciones muy audaces, y después, procurar refutar esas hipótesis en su experimentación. Al final, aceptarán, pero sólo tentativamente (es decir, siempre a la espera de una ulterior refutación) las hipótesis que han sido confirmadas y rechazar la otras que ya han sido falseadas. La proposición "Todos los trozos de madera flotan." sólo es admisible como verdad científica hasta que se comprueba que "Este trozo de ébano no flota." y entonces, habría que rechazarla.

La verdad es que ni siquiera en la refutación empírica de las hipótesis podemos estar del todo seguros. Este hecho se debe sobre todo a la inevitable presencia de "estratagemas inmunizantes", el más notorio de los cuales es la

teoría atribuída a Pierre Duhem y posteriormente retomada por W.V.O.

Quine. Según esta tesis, el refutar definitivamente cualquier teoría es una imposibilidad lógica porque la comprobación de dicha teoría siempre implica un conjunto de teorías auxiliares *ad hoc*. Nunca sabemos con absoluta certeza física si lo que estamos comprobando es lo que describe exactamente una teoría particular o si es, al contrario, el contenido de alguna de sus hipótesis corolarias. En el ejemplo antes citado, habría que ponerse de acuerdo primero sobre qué consideramos como “madera”, “trozo de madera” o “flotar”; y todo ello debería considerarse como condiciones iniciales relevantes para la comprobación.

Las inferencias estadísticas tampoco se libran de la incertidumbre que necesariamente introducen las hipótesis auxiliares. En la estadística se sirve de un muestreo limitado para descubrir o llegar a conocer algo acerca de los elementos de todo un universo de discurso. De acuerdo con la tesis de Neyman y Pearson, una comprobación estadística de una hipótesis cualquiera es, en realidad, la comprobación de al menos dos hipótesis: la enunciada y su alternativa con la cual se compara. Al buscar la respuesta a la pregunta de si X es culpable de un

asesinato, por ejemplo, las dos hipótesis que se confrontan son: primera, la presunción de la inocencia de X hasta que se haya probado fuera de toda duda razonable su contrario; y segunda, la presunción de la culpabilidad de X hasta que se adquiera evidencia suficiente en el sentido opuesto. La adopción de cualquiera de estos dos supuestos no es indiferente para el acopio de pruebas en el proceso judicial, y mucho menos, para su interpretación y para las conclusiones que de ahí emanan.

En resumen, Popper nos enseña mediante su principio de falsación que no hay “hechos puros y brutos” sino que siempre están “cargados” de teorías.

No podemos adjudicar la primacía metodológica ni a la observación empírica ni a la inferencia estadística, porque nunca están exentas de teorías. La mente científica jamás es una mente “vacía”; tiene unos conocimientos “innatos”, y la ciencia progresa con la corrección o la modificación de esos conocimientos anteriores. En segundo lugar, Popper también pone de manifiesto el “conservadurismo” de los científicos y de la ciencia que cultivan. Se da un recurso constante a hipótesis auxiliares *ad hoc* y a otros “estratagemas inmunizantes” (e.g. queda vedada la aplicación del criterio científico al propio enun-

ciado del criterio); aparte de que en general, profesan un miedo mayor al aceptar una falacia que al dejar de reconocer una verdad. Finalmente, para el pensador crítico-rationista la “última palabra” no tiene cabida en la ciencia; antes bien, toda teoría es provisional y sujeta a revisiones históricas. La verdad, por tanto, no tiene ninguna base material -ni siquiera como una “correspondencia con los hechos” (Tarski)- sino que es simplemente una “noción reguladora”, un “criterio operativo de progreso en verosimilitud”.

3. METODOLOGIA ECONOMICA E HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONOMICO

En los apartados anteriores, hemos visto la peculiar perspectiva angloamericana con respecto a la filosofía de la economía así como las principales corrientes de la filosofía de la ciencia moderna. Se trata ahora en este epígrafe de estudiar la resonancia que han tenido las diversas doctrinas de la filosofía de la ciencia en el desarrollo histórico del saber económico.

Tal como la entienden los autores ingleses y norteamericanos, la metodología económica

es una suerte de filosofía de la ciencia aplicada a la ciencia económica. Resulta que los principios básicos de cada “escuela” metodológica también sirven como criterio para agrupar a los autores y establecer los distintos períodos en el desarrollo del pensamiento económico. Antes de proceder con este cometido, vamos a aclarar qué designa la “Historia del pensamiento económico”. Tomaremos como punto de partida la clasificación de los saberes económicos diseñada por Schumpeter en la “Teoría Económica”, la “Econometría” (la estadística aplicada a las realidades económicas) y la “Economía Aplicada”.

La “Teoría Económica” se refiere a la parte de las ciencias económicas que estudia los axiomas, proposiciones y teoremas que constituyen los modelos explicativos de la actividad económica. Identifica los componentes fundamentales del sistema económico y explica las relaciones de unos con otros. La “Econometría” originariamente era una ciencia auxiliar o instrumental mentada para relacionar las construcciones teóricas con la economía real. Era una rama especial de la estadística dedicada la medición de las magnitudes económicas. La “Economía Aplicada”, por su parte, es la ciencia resultante de la “Teoría Económica” y la “Econometría”: describe la eco-

nomía real tanto actual como pasada ("Historia Económica"); y en cierto sentido, predice y prescribe pautas para un mejor funcionamiento de la economía en el futuro. Al contrario, curiosamente, de lo que podría conjeturarse, la "Historia del Pensamiento Económico" pertenece más a la "Teoría Económica", como su desarrollo diacrónico, que a la "Historia Económica". Si toda ciencia formalmente constituida admite, por lo menos, dos vías de aproximación -la sistemática y la histórica- la "Historia del Pensamiento Económico" corresponde a esta segunda. No se trata de analizar las distintas épocas históricas de una circunscripción geográfica alguna, sea una ciudad, un país, una región, etc., desde el punto de vista económico (e.g. Inglaterra durante la Primera Revolución Industrial), sino de estudiar la evolución de las doctrinas económicas tomando el tiempo como hilo conductor.

Nuestra discusión en paralelo de la metodología económica, por un lado, y de la historia del pensamiento económico, por otro, se desarrollará en cuatro etapas. En la primera consideraremos a los "clásicos" y "padres fundadores" de la ciencia económica moderna como Smith, Malthus y Ricardo; los cuales, no obstante, pertenecen todavía a la "prehistoria" de

la metodología económica. Después hablaremos de una tradición de autores que comienza con Stuart Mill y pasando por Senior, Cairnes, John Neville Keynes, Marshall llega hasta Robbins. Abarcan prácticamente todo el siglo XIX; y desde la perspectiva metodológica, un tanto anacrónicamente por ser anteriores a la puesta en marcha del Círculo de Viena, se les suele llamar "verificacionistas". Brevemente nos referiremos al operacionalismo aplicado a la ciencia económica por teóricos como Samuelson, por ejemplo; para finalizar con una valoración del impacto de las tesis falsacionistas en las obras de Hutchinson, Machlup, Friedman y Simon, entre otros. Desde luego, el desarrollo de la ciencia económica en el ámbito angloamericano no ha sido tan rectilíneo como pudiera parecer en nuestro relato -constantemente había habido interferencias tanto endógenas, el "institucionalismo", como "exógenas", al estilo de las ideas austríacas- mas nos parece que con vistas a la claridad, y siguiendo la práctica habitual de los metodólogos, es mejor retomar el estudio de estas influencias en otro momento.

a) La pre-historia de la metodología económica en el s. XVIII

En cuanto tematización del buen quehacer científico, la metodología es siempre un saber

reflejo o de segundo grado con respecto a cualquier disciplina base de la que se trate. Del mismo modo que, por ejemplo, antes se aprende a hablar que estudiar sistemáticamente las reglas de la retórica, primero se establecen los supuestos antropológicos y sociopolíticos de la economía (e.g. el “egoísmo ilustrado” como norma del comportamiento humano y la “mano invisible” como mecanismo básico del mercado extensible a otras instituciones sociales, ambos atribuidos a Smith, la teoría malthusiana sobre el aumento de la población y la escasez de los recursos alimenticios, la formulación ricardiana de la “ley de rendimientos decrecientes”, etc.) y después se reflexiona sobre validez de los mismos en su función explicativa y predictiva de la vida económica. Por eso, en el período de gestación de la ciencia económica moderna en el siglo XVIII las indicaciones metodológicas son comprensiblemente escasísimas, y se les concede además, casi gratuitamente, el estatuto de una verdad indubitable o una evidencia.

Este hecho, sin embargo, no significa que autores como Adam Smith, Thomas Malthus y David Ricardo no tuvieran *operativamente* ningún principio metodológico alguno -volviendo al anterior ejemplo, incluso el balbuceo, el hablar más llano, está sujeto a una

retórica, por muy primitiva que ésta sea-; lo único es que sus principios metodológicos no están *formalmente* poseídos como tales. Los presupuestos de su investigación científica en una dimensión hasta entonces inédita de la realidad todavía no habían sido esclarecidos, sometidos a crítica y evaluados; aunque desde luego ya se encontraban en funcionamiento.

Para estos pioneros la ciencia económica era una ciencia natural más, al igual que la biología o la geología. En las ciencias físicas se procedía primero con la observación de fenómenos, después, se formulaba una hipótesis experimentable, luego venía la comprobación de la hipótesis (una especie de reproducción controlada de los fenómenos), y finalmente, se llegaba a la conclusión en la que la hipótesis o bien se confirmaba o bien se refutaba (la modificación de la hipótesis anterior constituía el punto de partida para reiniciar el proceso). Así mismo en la ciencia económica. La observación de la conducta humana individual y de las interrelaciones humanas en el ámbito de la economía inducía a postular la presencia de “instintos” -unas “fuerzas”, tendencias o inclinaciones innatas de las que surgen los movimientos y las acciones de los hombres-. La hipótesis que entonces se elaboraba consiste en la descripción de la pauta que esos instintos

siguen en su manifestación o desarrollo. Supuestamente, en la fase de la comprobación, se determinaba si el modelo dinámico propuesto para los instintos se cumplía *efectivamente*; mas de hecho, no era así. Nunca se llegaba a comprobar realmente la hipótesis, limitándose el economista sólo a comprobar si las inferencias realizadas a partir de la hipótesis eran lógicamente correctas o no. Cuando la hipótesis se quedaba repetidamente confirmada, ésta se elevaba al rango de una "ley"; y cuando no, simplemente se introducían nuevas hipótesis secundarias.

Por lo tanto, la metodología que seguían estos primeros pensadores económicos bien podría tildarse de "sencilla" e "ingenua". Mediante la observación casual de fenómenos económicos o la introspección psicológica se llegaba a la formulación de unas hipótesis explicativas de dicha realidad (el proceso de la inducción). En principio se dotaba estas hipótesis con una validez indiscutible. Se pensaba que a partir de entonces, sólo se trataba de deducir correctamente (o sea, de acuerdo con las reglas de la lógica) de estas hipótesis las implicaciones y las consecuencias. La ciencia económica se cultivaba como un saber apriorístico porque sus hipótesis son previas a la experimentación, a la experiencia sensible, y

no dependen de ella para su validez. En la generación de las hipótesis media un simple proceso de inducción (o sea, derivan de la observación de múltiples casos similares). Este método se llama "hipotético-deductivo" porque la tarea científica propiamente consiste en la deducción a partir de las hipótesis generales de unas consecuencias lógicas y particulares (las hipótesis en sí son más bien el resultado de conjeturas o de una inducción precientífica).

b) El verificacionismo del s. XIX: De Stuart Mill a Robbins

Los metodólogos de la economía normalmente agrupan bajo el "verificacionismo" a la mayoría de los teóricos del s. XIX, empezando con Stuart Mill y Senior, pasando por Cairnes, John Neville Keynes y Marshall, hasta Robbins. Las razones por las cuales se les denomina así son las semejanzas que guardan con el planteamiento del Círculo de Viena, fundamentalmente, por lo que se refiere al análisis lógico y al uso del principio de verificación. Antes de estudiar la peculiar interpretación que habían mantenido de estos principios, veamos primero su noción de la ciencia económica.

Stuart Mill en "*On the Definition and Method of Political Economy*" (1836) cuida mucho de diferenciar la "economía política"

de la “política especulativa”: ésta considera la totalidad de la naturaleza humana en cuanto modificada por el estado social, o sea, la conducta humana en sociedad; mientras que aquella investiga las leyes de las actividades económicas en el supuesto del “hombre económico” (*homo oeconomicus*).

Distingue, además, entre la “ciencia económica” como cuerpo de verdades materiales y el “arte económico” como cuerpo de reglas normativas; aunque en este cometido le había precedido William Nassau Senior con su “*Introductory Lecture on Political Economy*” escrito en 1827 en la cual habla, por un lado, de una “ciencia económica pura y estrictamente positiva”, y por otro, de un “arte económico impuro e inherentemente normativo”. Los presupuestos metodológicos de ambos autores son, en gran parte, idénticos.

Para Stuart Mill, una ciencia se define por su método, por el proceso según el cual lleva a cabo sus investigaciones, y por consiguiente, llega a sus verdades. La ciencia económica emplea un método eminentemente *a priori*: es decir, razona a partir de unas hipótesis asumidas como verdaderas y válidas. Estos supuestos se obtienen mediante una especie de experiencia “ingenua” -la introspección y la observación simples-, y nunca como la con-

clusión de experimentos científicamente controlados. Este proceso de generación de las hipótesis fundamentales puede llamarse “inducción”, aunque sólo en un sentido lato. Su característica más importante es que no están sujetas a comprobación científica alguna; y prácticamente ninguna cantidad de experiencias sensibles en su contra jamás será capaz de desmentirlas. En este sentido, la ciencia económica se parece mucho a la geometría, por cuanto ésta también está basada en unos postulados que son verdaderos *ex hypothesi* o por definición, v. gr. la no-intersección de líneas paralelas en la geometría clásica euclídea.

Senior especificaba los siguientes supuestos básicos: (1) Todo el mundo desea maximizar su riqueza con el menor sacrificio posible. (2) La población tiende a aumentar con una velocidad mayor que el incremento de los medios de subsistencia. [de inspiración malthusiana] (3) La mano de obra junto con las máquinas es capaz de producir un producto neto positivo. (4) La agricultura está sujeta a unos rendimientos decrecientes. Stuart Mill es más sucinto en su exposición al necesitar sólo del supuesto del “homo oeconomicus”: es una definición abstracta del hombre como un ser ávido, por la necesidad de su naturaleza, de

poseer riquezas (no sólo el dinero, como pensaba Smith, sino también el honor y la estima social, etc.), cuanto más mejor, y capaz de juzgar la eficiencia comparativa de los medios para alcanzarlas. Los únicos principios antagónicos a este imperativo de su naturaleza son su aversión al trabajo y su propensión al placer y al disfrute actuales. La diferencia principal entre el “*homo oeconomicus*” de Stuart Mill y el primer postulado de Senior estriba en que para éste, se trata de una teoría del hombre real, mientras que para aquél, es una abstracción o ficción científica necesaria. En cuanto abstracción, separa, en primer lugar, la actividad económica de las demás actividades humanas, y en segundo lugar, la actividad económica motivada por el lucro de las otras que obedecen a motivos no-pecuniarios.

Una vez que hayan quedado establecidas las hipótesis, la ciencia económica procede a investigar, con la ayuda de la lógica, las leyes del comportamiento de tal (modelo de) hombre. El razonamiento efectuado es mayormente deductivo: o sea, de la generalidad del *homo oeconomicus* a la particularidad de la acción empírica de los hombres individuales. Las leyes o generalizaciones económicas se refieren sobre todo a tendencias. Las tendencias son fuerzas que actúan con cierta

intensidad para conseguir un resultado determinado. Que determinados resultados no se produzcan se debe a la interferencia de otras fuerzas, menos conspicuas, cuyas leyes aún no se conocen. Nunca se puede achacar semejante fallo que las leyes en sí mismas sean falsas. Por eso, las leyes económicas siempre se formulan con la cláusula de *caeteris paribus*; o sea, con la asunción de que otras causas y condiciones iniciales son ausentes o irrelevantes. La razón detrás de la cláusula de *caeteris paribus* es la exclusión de todas las demás variables aparte de aquellas que considera la ley.

El recurso a hipótesis auxiliares en la formulación de las leyes científicas que de algún modo “blindan” o vuelven “irrefutables” a las mismas es una práctica común no sólo en los saberes sociales sino también en los saberes naturales. Así, por lo menos, lo establece la tesis de Duhem-Quine. La ley de la gravitación universal en la física, por ejemplo, cuenta con el supuesto de un vacío perfecto. El problema está en que estas premisas suelen quedar sólo implícitas o sin detallar en la exposición de las leyes.

Al principio podría pensarse que el verificacionismo en la tradición de ciencia económica cultivada por Mill y Senior se debe al modo en que se comprueban sus hipótesis; es decir, su

confrontación científicamente controlada con la experiencia sensible para establecer su validez. Pero ahora está claro que no es así: su método es eminentemente *a priori* y las hipótesis no se someten a experimento científico alguno. Además, Stuart Mill dice inequívocamente que la verificación *a posteriori* de una hipótesis pertenece a la *aplicación* de la Economía Política y no a la Economía Política misma, como ciencia abstracta a la cual se dedicaba por preferencias personales. En otras palabras, y con la perspectiva que más tarde nos proporcionará Schumpeter, la verificación *a posteriori* pertenece no a la "Teoría Económica" sino a la "Economía Aplicada" o "Historia de la Economía". En el modelo de ciencia utilizada por estos pensadores ya se había roto la simetría entre la predicción y la explicación como direcciones opuestas en el tiempo de un mismo proceso mental. Se les llama "verificacionistas" porque la validez de una teoría científica ahora se hace depender de su capacidad de explicar *ex post* los fenómenos económicos. No se le exige a una teoría que sea capaz de predecir, ni que sus predicciones sean exactas, ni siquiera fiables. Lo único que se le pide es que explique satisfactoriamente los hechos económicos consumados; y en el caso de que por sí misma no sea capaz, que busque e incorpore las tesis auxiliares necesarias (una

vez que se haya comprobado, claro está, la rectitud en el uso de las deducciones lógicas). En gran parte, la ciencia económica verificacionista se asemeja al *status* actual de la geología con respecto a los terremotos: no puede predecir cuándo vayan a ocurrir, aunque una vez que hayan ocurrido, es perfectamente capaz de explicar el porqué de dichos fenómenos.

La obra más representativa de John Elliot Cairnes en el ámbito metodológico se titula "*Character and Logical Method of Political Economy*" (1875). En ella se muestra como un autor tan ricardiano como Stuart Mill -por lo que se refiere al uso inesclarecido de hipótesis auxiliares- e incluso más dogmático en sus afirmaciones. Insiste en el carácter hipotéticodeductivo de la ciencia económica: se basa no en premisas "empíricas" o "positivas" sino en unos supuestos hipotéticos, los cuales son, sin embargo, reales, en virtud de la indubitabilidad de la naturaleza humana (v.gr. el *homo oeconomicus*). No le preocupa la falta de capacidad predictiva de las teorías económicas, ni siquiera que los hechos a veces las desmientan, porque siempre acude a la presencia de causas o condiciones disruptivas todavía por descubrir y formalizar. Las leyes económicas son expresiones de tendencias -lo que sucedería en determinadas condiciones (e.g. *caeteris*

paribus, etc.)- y sólo en este sentido han de tomarse como verdaderas. De ningún modo pretenden predecir con exactitud lo que de hecho vaya a suceder.

En definitiva, existen únicamente dos vías mediante las cuales cabría refutar las leyes económicas, según Cairnes: primero, con la demostración de que los principios y las condiciones asumidas son irreales o no se aplican al caso bajo estudio; y segundo, por una lógica incorrecta, o sea, que una ley específica no se deduzca necesariamente del conjunto de premisas válidas. (Cairnes no parece estar consciente de que ambos procedimientos son de hecho irrealizables). Lo que nunca admitiría como fundamento para la refutación de una tesis económica es su falta de correspondencia con los fenómenos o los hechos.

Cuando John Neville Keynes escribió su *"The Scope and Method of Political Economy"* en 1891, la tradición Senior-Stuart Mill-Cairnes ya estaba lo suficientemente forjada como para poder intentar su reconciliación con las doctrinas de Cliffe Leslie y John Ingram de la Escuela Histórica Inglesa (la cual, a su vez, era deudora de la Escuela Histórica Alemana). Las enseñanzas fundamentales de aquella tradición, tal como las asimiló Keynes, son las siguientes: (1) Es posible distinguir entre una

ciencia positiva de economía política y su correspondiente arte normativo. (2) Los sucesos económicos pueden aislarse hasta cierto punto de los otros fenómenos sociales. (3) El método *a posteriori*, esto es, la inducción directa de teorías a partir de hechos concretos es inapropiado para la ciencia económica. (4) El procedimiento *a priori*, según el cual se comienza con algunos datos indispensables acerca de la naturaleza humana, es el más adecuado. (5) Debido a que el *homo oeconomicus* es una mera abstracción, la ciencia de la economía política trata solamente de tendencias y no de hechos empíricos. (6) La confrontación de las teorías generadas por la economía política con los hechos sirve sobre todo para determinar su alcance o los límites de su aplicación.

Al igual que Stuart Mill, J.N. Keynes puso al servicio de la ciencia económica su fuerte talante lógico, empeñándose en esclarecer el peculiar método de ésta, como una suerte de "lógica aplicada". Desde el comienzo se percataba de que a diferencia de las ciencias naturales, la ciencia económica estudia fenómenos que son a la vez más complejos y menos regulares; y por consiguiente, sus conclusiones carecen de la certeza y de la universalidad de las conclusiones de las leyes físicas. No obs-

tante, puesto que los fenómenos económicos son objetos de la observación y del discurso cotidiano -durante su época, la jerga económica aún no se había escindido del lenguaje común y seguía al alcance de cualquier hablante mínimamente competente- todo el mundo se sentía y se creía legitimado para pronunciarse con autoridad sobre la materia. Sin duda, esta tendencia generalizada contribuía todavía más a la confusión reinante. Por último, en las disputas sobre el método, aparte de la celosa exclusividad con que cada postura defendía la suya, también atacaba a las demás por su ineficacia con respecto a metas que jamás habían pretendido cubrir.

Por lo que se refiere al *Methodenstreit* ("conflicto de métodos") que entonces se libraba en el continente europeo, cuyos principales protagonistas eran Gustav von Schmoller de la Escuela Histórica Alemana y Carl Menger de la Escuela Austríaca, J.N. Keynes se hizo partidario de este segundo. Defendía el estatuto de la economía política como una ciencia "positiva" (descriptiva), abstracta y deductiva, frente a los alemanes que abogaban por una ciencia "ética" (prescriptiva o normativa), realista e inductiva.

El último eslabón en la cadena de economistas "verificacionistas" es Lionel Robbins. Su

obra fundamental en lo referente a la metodología se llama "*An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*" (1935). Define la ciencia económica como aquella que estudia el comportamiento humano en cuanto relación entre medios -incluido el tiempo- escasos y con usos alternativos y fines -los cuales son múltiples y susceptibles de una ordenación según su importancia-. Amplía el conjunto de supuestos *a priori* para dar lugar a la multiplicidad y la jerarquía de fines (la teoría del valor), la escasez y la polivalencia de los medios (afectados por la ley de rendimientos decrecientes), y la necesidad por parte del hombre -en cuanto agente económico- de elegir unos y renunciar a otros (i.e., fines o usos alternativos de los medios sujetos a la ley de la utilidad marginal decreciente). Todos estos postulados se consideran indiscutibles, como conocimientos inmediatos, bien porque son verdades analíticas o porque son hechos empíricos elementales. La aplicación de las reglas de deducción lógica a estos supuestos permiten llegar no sólo a explicaciones de los fenómenos económicos sino también a predicciones de los mismos, aunque exclusivamente de cariz cualitativo o tendencial y nunca cuantitativo ni exacto.

Como J.N. Keynes antes que él, Robbins insiste en el carácter positivo o descriptivo de la ciencia económica. No interesa tanto el guiar al hombre a una elección moralmente correcta como el ayudarle a que esa elección sea "racional"; es decir, mostrándole las conexiones causales y las compatibilidades entre sus opciones de modo que sea consciente, en la medida de lo posible, de las implicaciones y las consecuencias de sus decisiones. En último término, Robbins tampoco cree que una comparación objetiva de utilidades interpersonales sea posible -precisamente el punto de incidencia de la ética en la ciencia económica- porque las utilidades personales nunca pueden verificarse ni por observación ni por introspección.

c) Samuelson: del operacionalismo al descriptivismo

Percy W. Bridgman publica *"The Nature of Physical Theory"* en 1936, el mismo año en que Paul Samuelson comienza a trabajar en su tesis doctoral, la cual, en su versión publicada en 1948, lleva por título *"Foundations of Economic Analysis. The Operational Significance of Economic Theory"*. En efecto, el operacionalismo es una doctrina metodológica originaria de la ciencia natural de la física, y se introduce en el ámbito de las ciencias sociales

por medio de la economía. El paralelismo entre los métodos y principios de la ciencia económica con los de la física moderna (e.g. la estática o el análisis comparado de estados de equilibrio) ha sido el objeto de estudio preferido de varios autores, Lawrence A. Boland (*The Principles of Economics. Some lies my teachers told me.*, 1992) entre ellos.

¿Cuáles son los motivos que le habían llevado a Samuelson a adoptar el operacionalismo en la ciencia económica? Ante todo cabría citar los recelos que sentía hacia lo que consideraba como el apriorismo (y todo apriorismo, por definición es injustificado) y el "constructivismo" (o sea, el uso de "constructos mentales" no susceptibles de medición u operación alguna) no sólo en los austríacos como von Mises, sino también en algunos ingleses, como el propio Robbins, y norteamericanos, como Knight. En principio, los empiristas radicales, los lógicopositivistas y los conductistas verían la propuesta samuelsoniana -con la importancia que concede a la observación fáctica- con buenos ojos; aunque en realidad él abogaba por una postura más moderada que la de todos ellos.

De Bridgman y de su peculiar lectura de la teoría de la relatividad de Einstein Samuelson había aprendido el no pronunciarse acerca de

lo que las cosas son en sí mismas -su esencia- contentándose más bien en sus investigaciones con descubrir y operar con las propiedades medibles de éstas. Para Samuelson una teoría "operacionalmente significativa" es aquella que versa sobre datos empíricos y que puede en principio refutarse aunque sólo sea bajo unas condiciones ideales. Si la operación correspondiente a una hipótesis puede realizarse, aunque sólo sea mentalmente, los propios resultados de esa operación constituyen la prueba -y la operación la comprobación- de esa hipótesis. Por dicha "operación comprobante" habría que entender tanto la medición de magnitudes físicas como la función predictiva de la hipótesis.

Aunque utiliza los mismos términos que Bridgman, Samuelson se separa del sentido originario de éstos, dotándolos más bien con tintes falsacionistas. Samuelson se sirve del operacionalismo para la validación de las hipótesis en la ciencia económica y no para la formación de conceptos científicos, tal como era el propósito de Bridgman. En realidad, Samuelson es un falsacionista, a pesar de que emplee el lenguaje del verificacionismo. Una hipótesis se rechaza cuando sus predicciones no se cumplen, y se admite tentativamente mientras que no haya sido falseada. La "con-

fianza" que se deposita en una hipótesis, la "certeza" con que se afirma, es una función de su supervivencia en las múltiples oportunidades que había habido para refutar o contradecirla con hechos empíricos y medibles. La evidencia fáctica nunca puede confirmar una hipótesis; sólo puede dejar de refutarla.

Como resultado de un debate con Friedman acerca de la tesis de la irrelevancia de la conformidad con la realidad de las premisas de una teoría para la validez de sus conclusiones y predicciones (en inglés, el "F-twist"), Samuelson evolucionó metodológicamente del operacionalismo al descriptivismo. Según esta nueva postura, una teoría no es otra cosa que la mejor descripción disponible, en algún estado de desarrollo de la ciencia, de algo que, en último término, rebasa la mera descripción. En realidad no significó ningún avance en el debate metodológico; antes bien constituyó una declaración de insuficiencia y resignación, un refugiarse en una teoría "caja negra" (o sea, la única explicación para un fenómeno es la ausencia de la misma).

d) El falsacionismo y la metodología económica del s. XX

La aparición de dificultades intrínsecas en el verificacionismo, algunas de las cuales se mostraban irresolubles, fue la causa que empujó a

la mayoría de los economistas del siglo XX hacia las tesis popperianas del falsacionismo. A partir de ahora el criterio de significatividad y de validez científica de una teoría dejaría de ser su comprobabilidad empírica para ser sustituida por su "falsabilidad" o "refutabilidad fáctica". Una tesis científica no es aquella que haya sido comprobado, las veces que sean, en casos concretos, sino aquella que admite ser falseada, aunque sólo sea por una instancia particular, en sentido contrario.

Desde el punto de vista metodológico, el nuevo panorama económico consiste, por un lado, en los "aprioristas" como von Mises, Knight y Robbins, por otro lado, en los "ultra-empiristas" como Hutchinson, y en una postura intermedia, los otros teóricos como Friedman y Lange. Para los primeros, la ciencia económica es producto exclusivo de la razón, tan exacta y universal como las matemáticas; es una disciplina completamente axiomática en la que se deducen conclusiones a partir de una serie de postulados no susceptibles de verificación ni de refutación empírica alguna. Los segundos, en cambio, se pronuncian en contra del sistema hipotéticodeductivo y de cualquier asunción o premisa no confrontada directamente con la experiencia.

Terence W. Hutchinson es un economista que se ha formado y trabajado primero en Cambridge y luego en la *London School of Economics*. Su libro *"The Significance and Basic Postulates of Economic Theory"*, publicado en 1938, introduce explícitamente por primera vez las tesis popperianas en el quehacer económico. Divide exhaustivamente las proposiciones de la ciencia económica en dos categorías: a) tautológicas o analíticas - las que no prohíben ningún "estado de las cosas", de carácter lógico-matemático; y b) empíricas o sintéticas - las que prohíben al menos algún "estado de las cosas" concebible, propias de las ciencias naturales y positivas. Propone que se reduzcan las teorías económicas estrictamente a aquellas que son empíricamente constatables (b), o en todo caso, a aquellas que, mediante la deducción lógicomatemática, concluyen en las anteriores. A diferencia del verificacionismo ingenuo del XIX, Hutchinson no cree que exista comprobación empírica alguna, técnicamente perfecta y definitiva; simplemente quiere superar el problema de la intersubjetividad, y piensa que el recurso a la observación directa de los hechos es el camino para ello. Como una garantía más de objetividad, insiste en que las teorías económicas también sean directamente verificables con independencia de las unas de las otras.

Hay una ambigüedad sobre si el requisito de verificación directa para las teorías económicas con pretensiones de ser científicas debe exigirse de las premisas y asunciones, por una parte, o de las conclusiones y predicciones, por otra. Hutchinson parece referirse -y así le han interpretado sus principales críticos, Machlup entre ellos- a las "generalizaciones de alto nivel" o las "asunciones fundamentales". Un ejemplo de estas proposiciones es precisamente la hipótesis del *homo oeconomicus*, según la cual el hombre es capaz de ordenar jerárquicamente sus deseos y preferencias y aprovecharse de los medios y oportunidades a su alcance de modo que -dentro de unos límites- los satisfaga óptimamente. El problema ahora está en que la mayoría de tales afirmaciones son, en realidad, o "definiciones disfrazadas" (tautologías que son *ex hypothesi* verdaderas y válidas) o asertos que, aun siendo en principio comprobables, están formulados deliberadamente de tal manera que impida su verificación. Otra dificultad aneja está en determinar hasta qué punto dicha verificación directa de alguna asunción fundamental -en el caso de que llega efectivamente a hacerse- es independiente de la comprobación también directa de las otras.

Estas interrogantes abiertas son las que le llevaron a Fritz Machlup a formular su propuesta de la verificación indirecta en polémica frontal con Hutchinson, a quien tildaba de "ultra-empirista reacio" (*Rejoinder to a Reluctant Ultraempiricist, Southern Economic Journal*, vol. 22, 1956). Previamente, ya había escrito otro artículo respecto al problema de la verificación en la ciencia económica (*The Problem of Verification in Economics, Southern Economic Journal*, vol. 22, 1955).

Inicialmente, Machlup entiende la verificación como el proceso en el que se establece el valor explicativo o predictivo de las generalizaciones hipotéticas; se trata de ver si los hechos observados corresponden a las conclusiones que se han formulado acerca de ellos. La tarea de la verificación de una hipótesis se divide en dos partes. Primero, se deducen de ella y de su conjunción con las premisas fácticas todas las posibles conclusiones. Segundo, se confrontan estas conclusiones con los nuevos datos obtenidos de la observación de los fenómenos bajo estudio. La hipótesis se consideraría confirmada cuando se diera una correspondencia razonable entre las conclusiones deducidas y los fenómenos observados. Dicho de otra forma -y aquí se nota la peculiar

influencia falsacionista bastaría con que la hipótesis en cuestión no se desconfirmara.

El debate con Hutchinson le ha permitido a Machlup a perfilar mejor su postura de la verificación indirecta de las teorías económicas. Para admitirse como científica una tesis no directamente comprobable con procedimientos empíricos, tiene que poderse reducir por deducción directa a otras tesis empíricamente comprobables. En esencia, la verificación indirecta consiste en la derivación a partir de la conjunción de proposiciones lógicamente independientes de unas consecuencias. Los postulados fundamentales son verificados, junto con la teoría de la cual forman parte, cuando las consecuencias deducidas de su conjunción con otros postulados evidentes corresponden con los hechos. Podríamos representar el procedimiento de la verificación indirecta en el siguiente lenguaje formal: Sea A la hipótesis no verificable directamente; B una hipótesis directamente verificable y C una conclusión que expresa un fenómeno empíricamente constatable. A quedaría verificado indirectamente si cupiera inferirse C de la conjunción de A y B, pero ni de A ni de B exclusivamente.

No obstante, quizás el que mejor resume las tesis falsacionistas aplicadas a la metodología

económica sea Milton Friedman, sobre todo en su obra *"Essays on Positive Economics"* (1953). Su aproximación a la ciencia económica es estrictamente positivista: la tarea que a ésta incumbe consiste en realizar predicciones (i.e., la descripción de fenómenos aún no ocurridos ni observados) correctas; y debe juzgarse, por tanto, según la precisión, el alcance y la conformidad con la experiencia de sus predicciones, al igual que con cualquier otra ciencia física o natural. En cuanto ciencia positiva, no le interesa en absoluto pasar juicios normativos (el "arte" económico) ni acoplarse a una determinada postura ética. Está compuesto, por una parte, de un "lenguaje" -un conjunto de tautologías, un sistema formal de razonamiento sin contenido empírico alguno- y por otra, de un cuerpo de hipótesis sustantivas que abstraen rasgos esenciales de realidades complejas.

Como ya hemos adelantado en nuestra discusión del operacionalismo y descriptivismo de Bridgman, para este eminente economista de la Universidad de Chicago las hipótesis y premisas son totalmente irrelevantes para la validación de las teorías económicas, puesto que éstas han de juzgarse casi exclusivamente en términos de su valor instrumental a la hora de generar predicciones exactas. Una teoría se

considera “standard” o tentativamente válida en función de su historial predictiva en multitud de ocasiones concretas. La evidencia empírica nunca acaba de confirmar una teoría y sólo se limita a no refutarla: esto es precisamente lo que significa que la experiencia “corrobre” una teoría. La última evidencia a favor de una teoría es el hecho de no haber sido refutada. Finalmente, añade rasgos darwinianos a una base popperiana cuando dice que el propio mecanismo de competencia entre teorías rivales a través del tiempo se encarga de que sobreviva la “mejor” teoría descriptiva y predictiva.

Desde Friedman se ha avanzado muy poco en la metodología económica. Y esto es así en su mayor parte por la difícil aplicación de las teorías de “revoluciones científicas” en las versiones de Kuhn, Lakatos y Feyerabend respectivamente, al procedimiento de la ciencia económica. El diálogo se ha llevado a cabo más bien, hasta nuestros días, entre las diversas corrientes del falsacionismo. En primer lugar está el “falsacionismo ingenuo” representado por Richard Lipsey (*An Introduction to Positive Economics*, 1963), según el cual basta una prueba decisiva con resultados contrarios para rechazar una teoría supuestamente científica. En segundo lugar está el “falsacionismo sofis-

ticado” muy propio de los estadísticos y economistas. De acuerdo con esta tesis, ni la refutación ni la comprobación puede ser nunca definitiva. Lo máximo al que podemos esperar es descubrir, a partir de cantidades finitas de “conocimiento imperfecto”, cuál de entre las hipótesis rivales es la que tiene la mejor razón de probabilidad. Por último, está la ortodoxia actual compuesto por los seguidores de un “falsacionismo innócuo”. Estos teóricos de la economía tienen a su favor el haberse distanciado lo suficiente, al menos por lo que al talante se refiere, de las ciencias naturales. Reconocen que en la ciencia económica a menudo las proposiciones sirven no sólo como una explicación del comportamiento de los agentes sino también como norma prescriptiva. Y al parecer, no les importa funcionar con esta ambigüedad, aunque saben de sobra que no hay absolutamente nada en la filosofía de la ciencia moderna que les permita deducir la naturaleza de un óptimo social a partir de unos cuantos juicios de valor fundamentales.

4. LA INSUFICIENCIA DE LA METODOLOGIA ECONOMICA COMO FILOSOFIA DE LA ECONOMIA

a) Los “heterodoxos” de la perspectiva angloamericana: Veblen, Knight y Myrdal

El relato que hemos ofrecido de la historia del pensamiento económico angloamericano, aun sólo desde el punto de vista metodológico, está lejos de ser completo. Hemos aplazado deliberadamente el tratamiento de las doctrinas metodológicas de los que podrían considerarse como “heterodoxos” entre los cuales contamos a Thorstein Veblen, Frank Knight y Gunnar Myrdal. Aparte de dotar con mayor fluidez a nuestra exposición, pensamos que este modo de proceder también nos ayudaría a hacer luego una valoración del proyecto troncal iniciado por Stuart Mill y Senior y continuado por los falsacionistas contemporáneos.

Thorstein Veblen, el fundador del institucionalismo, era un hombre de carácter difícil. Prueba de ello era su agitada trayectoria profesional que le llevaba a cruzar el atlántico varias veces y con repetidos cambios de universidades. Tanto es así que a pesar de haber iniciado toda una corriente de pensar económico, al final de su vida no había accedido a ninguna

cátedra universitaria, como hubiera sido de esperar.

La clave para entender el institucionalismo está en la crítica que realiza a la escuela neoclásica de la economía (Marshall), resultado de la confluencia de la escuela clásica (Smith, Malthus, Ricardo, Senior, Stuart Mill, etc.) con el marginalismo (Jevons, Menger, Walras, etc.). Rebela contra lo que considera un supuesto injustificado de hedonismo individualista, heredado de los clásicos, y la matematización de la ciencia económica hasta el punto de asemejar sus leyes a las de las ciencias físicas o naturales, derivada del marginalismo. Lo propio de la ciencia económica está en explicar el comportamiento humano y social identificando su lugar en un patrón de relaciones que caracterizan el sistema económico en su totalidad. Los neoclásicos conciben el fenómeno económico exclusivamente como un acto de cálculo hedonista, la respuesta casi mecánica a las instancias de placeres y sufrimientos imaginados por anticipados. No es que el planteamiento sea absolutamente erróneo -las pasiones sí que son fuente de motivación sobre la que opera la racionalidad económica- pero es insuficiente e incompleto. Implícito en cualquier cálculo hedonista individual es un marco institucional: la teoría del valor en la cual se

basan las decisiones económicas está intrínsecamente ligada a las culturas, a un conjunto de creencias que informan la actuación (aptitudes, tendencias, hábitos) de individuos y pueblos.

El hecho económico es fundamentalmente un comportamiento humano; y por eso, no puede entenderse de espaldas a su contexto institucional, sociocultural e histórico. Las necesidades y los deseos, los fines y las metas, los modos y los medios con los que se desenvuelve la acción humana, incluso en su vertiente económica, son todas funciones de una variable institucional, altamente compleja y mudable. Por “institución” hemos de entender tanto los patrones de acción que se siguen casi inconscientemente como los organismos formales de control promovidos por el estado. Se aboga por el “holismo” en lugar del “individualismo metodológico” o “atomismo”. Sólo de esta manera, teniendo en cuenta los condicionamientos institucionales, ganará la ciencia económica en realismo y dejará sus estériles especulaciones. El método a seguir es empírico-inductivo, i.e., la descripción y el estudio de la evolución de las instituciones hasta llegar a las generalizaciones pertinentes, y no hipotético-deductivo, a partir del postulado hedonista, como proponía el neoclasicismo.

El economista y filósofo social de la Universidad de Chicago, Frank Knight, explora tres modelos diferentes para la ciencia económica. El primero sigue el patrón de la física, donde se renuncia a explicar y simplemente se formulan leyes estadísticas a partir de la observación de los precios de los bienes económicos. El segundo se concentra en la utilización de la ciencia económica para controlar la vida social en conformidad con los intereses ideológicos (socialismo, fabianismo, liberalismo e incluso el institucionalismo). El tercero considera el hecho económico como un fenómeno esencialmente histórico, y en consecuencia, bien estudia el rumbo de los acontecimientos, bien valora los esfuerzos, los logros y los fracasos individuales dentro de un marco filosófico y social (así Sombart y Weber).

Knight arguye que para comprender la conducta económica es insuficiente el recurso a causas naturales, como en la física. Lo que son las fuerzas para la física, eso son los motivos para la conducta humana. En la ciencia económica, por tanto, se trataría de encontrar el equilibrio de fuerzas, al igual que en la estática. (Por eso, en la formulación de las “leyes económicas” es imprescindible el recurso a la cláusula de *caeteris paribus*: el fenómeno descrito y predicho por la ley se

cumpliría si y sólo si las condiciones previstas no varían.) Tampoco es del todo adecuado la referencia a los deseos e intenciones como si fueran hechos o datos psicológicos absolutos. Lo más importante para el esclarecimiento de la conducta económica es su relación con los valores: la actividad económica “crea” valores. Los valores se distinguen de los deseos en que carecen de objetos físicos claros. Los valores no son de ningún modo “verificables” porque son elementos intrínsecos para cualquier interpretación de la conducta humana como su fin o meta. Los valores se sitúan incluso más allá de las ideas, del conocimiento intelectual, y hasta ese punto son “irracionales”. No obstante, los valores “motivan”, en un sentido realísimo, las acciones.

Frente a la dicotomía entre una visión científicopositiva (descriptiva) y otra político-normativa (prescriptiva) de la economía, Knight adopta una postura original informada por la idea “trascendental” de una libertad absoluta. Mas que explicar lo que sucede u obligar a los agentes económicos para que lo previsto suceda, los principios económicos tienen la función de salvaguardar el ejercicio de la libertad individual: una vez que ésta haya quedado garantizada, se vuelve superfluo cualquier intento de definir el fin de la acti-

vidad económica (i.e. una noción de bienestar válida para todos se vuelve irrelevante); cuanto menos específico sea, mejor para la libertad.

Con posterioridad a Knight, en la década de los 50, el gran abanderado de los valores en la teoría y metodología económica fue el profesor sueco y recipiente del premio Nobel Gunnar Myrdal (*The Political Element in the Development of Economic Thought*, 1954) Afirmó que un discurso económico libre de valores es un imposibilidad. El empeño en desarrollar asertos puramente facticos y éticamente neutrales, así como el esfuerzo por separar netamente los elementos positivos de los normativos es un ejercicio futil de autodecepción. Recomendó -para mantener el ideal de la “objetividad” en el análisis teórico- que se expusieran los valores operantes a plena luz, que se hicieran conscientes y explícitas de modo que determinaran libremente la investigación teórica. No veía objeción alguna a una ciencia social y económica “impregnada de valores” con tal de que estos valores de mencionaran claramente al principio, como parte de los presupuestos metodológicos necesarios e inevitables para cualquier investigación.

b) Crisis y agotamiento del discurso metodológico en la ciencia económica

Como hemos visto en los epígrafes anteriores, la última palabra en la ciencia económica angloamericana está constituida, por una parte, por las premisas neoclásicas, y por otra, por una metodología falsacionista e instrumentalista. Frente a esta postura “oficial” se levantan unas voces discordantes como las de Veblen, Knight y Myrdal. Estos tres autores podrían caracterizarse como unos “heterodoxos” aunque no “cismáticos” con respecto a la tradición económica angloamericana. ¿En qué consisten sus doctrinas “heréticas”?

Veblen, en primer lugar, se rebela contra el “supuesto injustificado de hedonismo individualista”. Importa mucho caer en la cuenta de que no lo hace por razones morales -o sea, por reservas con respecto al hedonismo en cuanto opción de vida-; como tampoco objeta porque sea éste un supuesto sin demostrar -reconoce la necesidad de axiomas para toda ciencia-. Su contención más bien se dirige hacia el individualismo, porque está diametralmente opuesto a las instituciones que -según él- es el marco de referencia real para las actividades económicas.

La matematización de las relaciones económicas y el cálculo hedonista (el principio de maximización) que supuestamente regula las decisiones en materia económica es otro

campo de batalla entre la escuela neoclásica y el institucionalismo. Para este segundo no existe ningún procedimiento científicamente fiable para la medición de los valores “institucionales”; e incluso si hubiera, sería muy difícil, si no prácticamente imposible, pretender que los valores “institucionales” medidos en distintos organismos sean entre sí conmensurables y comparables. Por ello, tampoco está claro que el comportamiento de un agente económico individual dentro de una institución tenga que seguir, necesariamente, el patrón maximizante.

Knight es el gran “desenmascarador” no sólo de la corriente neoclásica de la economía, sino también de cualquier otra que aspirase a una postura dominante. Bajo ningún concepto debería permitirse que la economía se asimilara a la ciencia natural de la física matematizada (el neoclasicismo) ni a una especie de “psicología social” al servicio de las ideologías al uso (el institucionalismo). No debería seguirse ninguna escuela económica que comprometiera la libertad en su función creadora de valores. Tanto el neoclasicismo como el institucionalismo son sistemas de pensamiento y metodología económicos “positivistas” y “deterministas”: imponen unos modelos dogmáticos allende de toda crítica y restringen la

libertad so capa de la noción del bienestar. Hay cierta afindad -por lo escéptico y cínico- entre el planteamiento instrumentalista de Friedman y el de Knight. Mientras que para el primero, la verdad de las premisas es irrelevante y cualquier teoría es válida con tal de que sirva para predecir y explicar; para el segundo, ya ni siquiera es planteable la cuestión de la verdad, la validez, o la utilidad de las teorías, pues lo único importante es que permita la realización de los valores, cualesquiera que sean.

Myrdal probablemente sea el más explícito en denunciar el espejismo del discurso “libre de valores” en la economía en los tiempos recientes. Propone en un nivel axiomático la vinculación de los modelos descriptivos y explicativos de la economía con los intereses ideológicos y políticos. El problema con semejante confesión es que nos conduce irremediable a la disolución de la ciencia económica ya que todo se reduciría a una mera disputa de opiniones igualmente aceptables.

Incluso para los que hacen profesión de la fe neoclásica e instrumentalista y siguen con una voluntad clara de ortodoxia, el camino metodológico se presenta obturado. No sólo por los ataques cada vez más numerosos e intensos que reciben los presupuestos neoclásicos, sino

también por la escasa consistencia teórica del falsacionismo en su versión instrumentalista. Desconocemos si en las ciencias humanas que, al parecer, son esencialmente abiertas, puede haber alguna vez una “última palabra” metodológica; pero lo cierto es que el falsacionismo jamás podría ocupar su lugar. No aguanta la prueba de la aplicación a sí misma de sus propias tesis: el principio metodológico falsacionista no es “falseable” ni es, por tanto, según sus propios criterios, un aserto científico.

Las propuestas metodológicas que históricamente han seguido al falsacionismo, desde la de Kuhn a la de Laudan, tampoco significan, necesariamente, su superación. No todo cambio implica una mejora; y en los casos que hasta ahora han aparecido sólo se detecta una sustitución. En la actualidad, ya ni siquiera podrían darse por su puesto las condiciones para un diálogo fructífero entre los diversos planteamientos metodológicos rivales. Junto con la ciencia, el diálogo mismo se ha tornado, para todos los efectos prácticos, en una imposibilidad. La fragmentación y el aislamiento semántico y procedimental entre los que cultivan la metodología económica es tal que ya no pueden entenderse; aparentemente, tampoco queda voluntad de entenderse.

Testigos de la defunción de la metodología económica, tenemos ahora que dar un paso hacia atrás, cuando la filosofía de la economía todavía no se había restringido a un mero estudio de procedimientos formales y aún comunicaba con las otras ciencias humanas y sociales. Para seguir y completar el relato de la filosofía de la economía habría que investigar, por tanto, la “otra” tradición con la cual la corriente angloamericana ha estado en constante pugna: la Escuela Histórica Alemana y la Escuela Austríaca.

FUENTES Y REFERENCIAS

A. HISTORIA Y FILOSOFIA DE LA CIENCIA

BRIDGMAN, Percy W. *The Nature of Physical Theory*. Princeton: Princeton University Press, 1936.

FEYERABEND, Peter K. *Against Method. Outline of Anarchistic Theory of Knowledge*. London: NLB, 1975.

Farewell to Reason. New York: Routledge, 1988.

KUHN, Thomas S. *The Copernican Revolution*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1957.

The Structure of Scientific Revolutions. Chicago: Chicago University Press, 1970 (2nd. ed.).

LAKATOS, Imre. *Proofs and Refutations. The Logic of Mathematical Discovery*. Cambridge: Cambridge University Press, 1976.

The Methodology of Scientific Research Programs. Philosophical Papers (vols. I & II). Cambridge: Cambridge University Press, 1978.

POPPER, Karl R. *The Logic of Scientific Discovery*. New York: Harper Torchbooks, 1959 (1965 reprint).

Conjectures and Refutations. The Growth of Scientific Knowledge. London: Routledge & Kegan Paul, 1972.

The Unended Quest. An Intellectual Biography. London: Fontana, 1976.

Realism and the Aim of Science. The Postscript to the Logic of Scientific Discovery. London: Hutchinson, 1983.

REALE, Giovanni & ANTISERI, Dario. *Historia del Pensamiento Filosófico y Científico* (vol. III). Barcelona: Herder, 1988.

B. TEORIA ECONOMICA E HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONOMICO

CAIRNES, John Elliot. *The Character and Method of Political Economy* (1875). New York: A.M. Kelley, 1964 (reprint).

KEYNES, John Neville. *The Scope and Method of Political Economy* (1891). New York: Kelley & Millman, 1955 (reprint).

KNIGHT, Frank H. *On the History and Method of Economics. Selected Essays*. Chicago: University of Chicago Press, 1956.

"The Significance and Basic Postulates of Economic Theory. A Rejoinder.", *Journal of Political Economics*, 49 (1941): 750-3.

LIPSEY, Richard. *An Introduction to Positive Economics*. London: Weidenfeld and Nicolson, 1966 (2nd. ed.).

MARTINEZ-ECHEVARRIA, Miguel Alfonso. *Evolución del Pensamiento Económico*. Madrid: Espasa Calpe, 1983.

MILL, John Stuart. *Collected Works. Essays on Economy and Society*. (vol. IV). Toronto: University of Toronto Press, 1967.

54 MYRDAL, Gunnar. *The Political Element in the Development of Economic Theory*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1954.

Objectivity in Social Research. London: Duckworth, 1970.

ROBBINS, Lionel. *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*. London: MacMillan, 1935 (2nd. ed.).

SAMUELSON, Paul A. *Foundations of Economic Analysis*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1948.

SENIOR, William Nassau. *Outline of the Science of Political Economy* (1836). New York: Kelly, 1951 (reprint).

SCHUMPETER, Joseph A. *History of Economic Analysis*. New York: Oxford University Press, 1954.

VEBLEN, Thorstein. "The Limitations of Marginal Utility", *Journal of Political Economy*, 17(1909): 620-36.

C. FILOSOFIA Y METODOLOGIA ECONOMICA

BLAUG, Mark. *The Methodology of Economics (or How Economists Explain)*. Cambridge: Cambridge University Press, 1980/1992.

BOLAND, Lawrence A. *The Foundations of Economic Method*. London: Allen & Unwin, 1982.

The Principles of Economics. Some Lies My Teachers Told Me. London & New York: Routledge, 1992.

CALDWELL, Bruce J. Beyond Positivism. Economic Methodology in the Twentieth Century. London: Allen & Unwin, 19982.

FRIEDMAN, Milton. Essays in Positive Economics. Chicago: Chicago University Press, 1953.

HAUSMAN, Daniel M.(ed.) The Philosophy of Economics: An Anthology. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

HUTCHINSON, Terence. The Significance and Basic Postulates of Economic Theory (1938). New York: Augustus Kelley, 1965.

MACHLUP, Fritz. Methodology of Economics and Other Social Sciences. New York: Academic Press, 1978.

ROY, Subroto. Philosophy of Economics: On the Scope of Reason in Economic Enquiry. London: Routledge, 1991.

NOTA BIOGRAFICA

Alejo José G. Sison es doctor en Filosofía. Ha desempeñado su tarea docente en la Facultad de Filosofía y Letras (Pamplona) y en el Instituto de Estudios Superiores de la Empresa (Barcelona), ambas de la Universidad de Navarra, así como en el *Center for Research and Communication* en Manila, Filipinas. Es investigador del Seminario Permanente *Empresa y Humanismo*. Su campo de interés y estudio se ha centrado en la ética fundamental -especialmente desde las claves proporcionadas por la filosofía clásica griega-, en la ética en el mundo de la empresa, y en las relaciones entre la ética, la economía y la política en la sociedad contemporánea.